
Aquí París: don Pío vuelve al Colegio

Francisco Fuster

El 22 de julio de 1936, pocos días después de la sublevación que dio inicio a la Guerra Civil, Pío Baroja salió con un amigo a dar un paseo, para ver las maniobras militares que se desarrollaban cerca de Vera de Bidasoa, donde pasaba los veranos. De camino al pueblo vecino de Santesteban, ambos fueron interrogados por una partida de requetés que iban de Navarra a Guipúzcoa y que estuvieron a punto de fusilarles. Tal fue el espanto que produjo en él aquel violento episodio, que el instinto de conservación le llevó a tomar la decisión de salir inmediatamente del país, cosa que sucedió al día siguiente. Tras pasar unas primeras horas en Behobia, se dirigió a la pequeña localidad francesa de Ascain y de allí al pueblecito de San Juan de Luz, donde permaneció durante algunos días. Una vez instalado, su situación se fue complicando, pues varios periodistas que le entrevistaron publicaron la noticia de la detención, lo que encendió –todavía más– los ánimos tanto de los carlistas, a los que no les hizo gracia esta propaganda de lo

acontecido, como de los republicanos, algunos de los cuales se lamentaron, incluso, de que ese intento de fusilamiento no hubiese culminado. Según el periodista Miguel Pérez Ferrero, fue una mujer rusa que había trabajado en España la que, sabedora de su complicada situación personal, le recomendó que se marchase a París y que contactara con Aurelio Viñas, profesor de español en la Sorbona y secretario del Instituto de Estudios Hispánicos de dicha Universidad, para que éste le ayudara en el traslado. Baroja aceptó el consejo y escribió a Viñas, quien le dijo que había hablado con Ángel Establier, director del Colegio de España en la Ciudad Universitaria de París y antiguo admirador del novelista vasco. A finales de septiembre, tomó el tren y se trasladó a la que, sin saberlo en ese momento, se iba a convertir en su residencia durante tres largos años.

En varios de sus libros autobiográficos, incluidas sus memorias, Baroja contó algunos detalles sobre cómo fue su vida cotidiana en el Colegio de España durante el tiempo que pasó allí. Si juntamos los datos que nos proporcionó el protagonista y los cotejamos con los de aquellos amigos y compañeros que convivieron con él en el París del exilio, las piezas del puzle dan como resultado un relato que, pese a ser necesariamente incompleto, nos permite hacernos una idea sobre cómo pudo vivir el escritor en un ambiente extraño y, en ciertos aspectos, incluso diría que hostil. No sólo por los ataques que tuvo que sufrir por su no adscripción al bando republicano, sino, también, porque en apenas dos meses pasó de vivir en hábitats que le eran muy familiares, como su casa de la calle de Mendizábal, en el madrileño barrio de Argüelles, o el caserón familiar de Itzea, en Vera de Bidasoa, a hacerlo en la pequeña habitación de una residencia, rodeado de gente mucho más joven que él (cuando se exilió tenía ya 63 años) y en un ambiente cosmopolita, como el de la Cité Internationale Universitaire, con su mezcla de nacionalidades, razas e idiomas distintos.

Teniendo en cuenta todo esto, no es de extrañar que su primera reacción fuese la de tratar de pasar desapercibido, haciendo una vida tranquila y circunscrita, geográficamente, al propio barrio de la Ciudad Universitaria, en el sur de la capital francesa (distrito XIV); o, más específicamente, a los alrededores del bulevar Jourdan y el bulevar Périphérique (límites norte y sur, respectivamente, de la Cité), así como al bonito parque de Montsouris, pronto convertidos en epicentros de su vida parisiense y lugares habituales de sus solitarios paseos. El escritor contó al periodista Marino Gómez-Santos que, durante los primeros meses de adaptación a ese nuevo entorno, entre el cansancio que arrastraba tras la odisea que resultó su salida de España y el hecho de que no tuviese dinero más que para subsistir (cuando sólo cobraba los 300 francos de su colaboración mensual en *La Nación*), sólo salía de ese reducido espacio en contadas ocasiones: «Ir desde el Colegio de España hasta el Barrio Latino o Montparnasse resultaba algo así como una aventura» (Gómez-Santos, 2000).

El asunto pecuniario fue una constante durante los años que pasó en el destierro. Desde el primer momento, se quejó de que en París todo era muy caro y de que su falta de medios le impedía comprar libros en las paradas de los buquinistas del Sena, hasta donde se acercaba con el autobús, de vez en cuando. Pese a que hay una parte de verdad en estos lamentos, sobre todo los referidos a las primeras semanas, también hay un componente de exageración o, si se quiere, de falta de familiaridad con el dinero; quiero decir que, si todo le parecía tan caro, es porque nunca se había tenido que comprar nada: ni ropa, ni comida, ni los bienes llamados de «primera necesidad». En su casa, su madre se había encargado de administrar la economía y de llevar los gastos corrientes, cosa que hizo que, al morir Carmen Nessi, su hijo se viese en la necesidad, por primera vez, de manejar sus cuentas por sí solo, cuadrando ingresos y gastos.

Durante al menos una parte del tiempo que pasó en el Colegio de España, el director tuvo el detalle de no cobrarle ni por la

habitación, ni por las comidas. De hecho, aunque en una de las charlas que mantuvo con la periodista Josefina Carabias (y luego ella fusionó en un solo texto, incluido en el libro de entrevistas *Como yo los he visto*) le contó esa versión, la propia periodista reproduce en otro texto unas palabras del escritor en las que le explicaba que «las necesidades elementales de comer y dormir las cubro viviendo aquí, en la Ciudad Universitaria, con poco más de mil francos» (Gómez-Santos, 1956). También en esas entrevistas contó Baroja que su colaboración mensual en *La Nación*, que se amplió de uno a dos artículos, le llegó a reportar un total de 1.000 francos, cifra que no encaja tampoco con la cantidad de 300 por texto que, en teoría, había pactado con Fernando Ortiz Echagüe, representante del periódico porteño en Europa. Por otra parte, a partir de 1938 se dio la feliz circunstancia de que le surgió una nueva colaboración en la prensa americana, en este caso en el diario mexicano *Hoy*, donde también empezó a publicar un artículo mensual.

Entrando más en detalle, conviene precisar que la habitación que ocupaba Baroja en el segundo piso del Colegio no era, ni mucho menos, una *suite*. A juzgar por la descripción que nos ofrece Carabias, se trataba de un cuarto modesto, de pequeñas dimensiones, dividido en dos por una cortina que separaba la zona ocupada por el lavabo y el armario para la ropa. En el espacio que quedaba libre había un diván, que servía también como cama, una mesita de trabajo junto al balcón, dos sillas y una estantería con libros. Todo tan nuevo, tan limpio y tan moderno, con la tapicería de tonos claros y la pintura de un azul chillón, que la estampa de don Pío, «con su barbita y su boina», desentonaba bastante en aquel decorado un tanto artificial y prefabricado, como corresponde a una habitación estándar de este tipo de residencias estudiantiles. Sabedor de este choque entre su personalidad y el marco que la albergaba, el propio Baroja admitía que, no pudiendo pagarse otro alojamiento más acorde con sus gustos, no le quedaba otra que resignarse:

Yo comprendo que esto está bien, muy higiénico, pero a uno no le va. A uno le gustaría tener su buena alfombra, su chimenea y sus libros viejos. Es difícil adaptarse a este ambiente pensado para muchachas yanquis y poetas vanguardistas. Claro que no teniendo dinero para vivir como a mí me gusta, mejor estoy aquí que en el cuarto triste de un hotel barato. Al menos tengo abajo una biblioteca para trabajar y un salón para recibir visitas de más cumplido (Carabias, 1999).

Con respecto a la comida, se daba la circunstancia de que, al no haber comedor en el Colegio de España, comía y cenaba (los días en que cenaba) en el comedor de la Maison Internationale, el gran edificio monumental financiado por el filántropo John Rockefeller Jr. y situado en pleno centro de la Ciudad Universitaria. Allí acudían los estudiantes de todos los colegios y residencias de la Cité, provistos de una tarjeta que les permitía comer a unos precios muy económicos, de entre 4 y 8 francos el menú diario, lo que no impedía que muchos de ellos se quejaran por la mala calidad de la comida, juicio que el escritor también compararía, aunque añadiendo el matiz de que, con lo caro que resultaba comer en París, por ese precio tampoco se podían pedir milagros.

Su rutina diaria en el Colegio consistía, básicamente, en levantarse bien temprano, bajar al comedor y desayunar leyendo la prensa del día. Luego un breve paseo por el parque de Montsouris (que estaba –y sigue estando– justo enfrente de la Ciudad Universitaria, al cruzar el bulevar Jourdan), mientras el personal de servicio limpiaba la habitación y, cuando ésta ya estaba lista, un rato de trabajo, hasta la hora del almuerzo, dictando sus colaboraciones mensuales a un joven que las mecanografiaba en una máquina de escribir que alquiló a las pocas semanas de instalarse allí.

A las doce del mediodía en punto, un corto paseo –300 metros, quizá– hasta el comedor de la Maison Internationale, donde cada día había que cumplir con el protocolo de coger bandeja y cubiertos

para hacer la cola, pasar por el bufé en el que unas señoritas servían los platos y, empujando esas bandejas llenas sobre una especie de raíles, llegar hasta el final, donde una cajera procedía a cobrarles. Una escena repetida, muy habitual en nuestros días, que, sin embargo, no dejaba de resultar curiosa, sobre todo teniendo en cuenta por qué se estaba produciendo y quienes eran los protagonistas:

El espectáculo que ofrecían algunos hombres como don Pío Baroja, don Blas Cabrera, don Javier Zubiri, don Américo Castro y otros grandes intelectuales españoles, transportando su bandeja y buscando un rincón donde saborear las judías verdes o el huevo duro con mahonesa, me hizo un efecto atroz (Carabias, 1999).

Por la tarde, después de digerir la comida, bajaba al salón del Colegio y se sentaba en uno de sus sofás, donde pasaba horas de charla, debatiendo con otros residentes, con amigos periodistas y escritores, españoles o hispanoamericanos, o con señoras de la burguesía española o parisina que se acercaban al Colegio a conocer de cerca al escritor.

Si el tiempo acompañaba, culminaba la tarde con otro paseo; si no, cenaba cualquier cosa y se metía en su habitación, donde pasaba horas y horas leyendo, a veces hasta las dos o tres de la madrugada, porque le resultaba imposible dormir. Como vecinos de habitación tenía a dos catalanes: el pintor Joan Miró y el matemático Esteve Terradas. Pese a que no se llevaban mal, la disparidad de caracteres y lo opuesto de sus formas de entender el arte (a Baroja toda la pintura de las vanguardias, posterior al impresionismo, le parecía una aberración estética) explican el testimonio barojiano sobre la falta de entendimiento que existía entre ellos:

A ninguno de los dos los comprendía. Terradas tenía sobre la mesa unos cuadernos estrechos y cerca de un metro de largos llenos de fórmulas matemáticas que para mí eran enigmas, y Miró pintaba cuadros que parecían un trozo de papel de habitaciones con flores o con figuras geométricas (Baroja, 2011).

Aunque la fuente no sea excesivamente objetiva, porque quien lo dice era amigo del escritor y durante estos años de exilio en París convivió muy estrechamente con él, hasta el punto de convertirse en una especie de secretario personal (lo que después le permitió escribir su biografía), Pérez Ferrero contó en varias ocasiones que, en el ámbito de la Cité, Baroja era un hombre querido y respetado, a quien la gente paraba y saludaba cuando lo veía paseando, en dirección al comedor de la Maison. Dicho esto, no es menos cierto que, en ese conglomerado interracial e intercultural —una auténtica torre de Babel— de estudiantes que habitaban la Ciudad Universitaria, Baroja también vio cosas que le sorprendieron y otras que, directamente, le repugnaron. Entre lo primero estaba el hecho, inaudito para él, de que, pese a convivir en un mismo espacio tantos jóvenes de ambos sexos, no se oyese jamás la noticia de un escándalo sexual, lo que le hacía pensar que el libertinaje atribuido a las grandes ciudades europeas era ya, en los años treinta del siglo XX, más mito que realidad: «El estudiante de París quizá en otro tiempo tuvo carácter de Tenorio, pero ahora en nada se diferencia del oficinista». Con respecto a sus fobias, lo que, sin duda, peor impresión le causó, fue aquel crisol de razas que otros veían como el *summum* del cosmopolitismo y que, a él, sin embargo, no le hacía ninguna gracia:

Entre los hombres, españoles, franceses, turcos, griegos, indios, egipcios, japoneses y chinos. Había también unos negros de no sé dónde con un prognatismo terrible, con una cabeza como dos conos unidos por la base. A estos monstruos se los veía en el

restaurante de la Ciudad Universitaria con aire de satisfacción y hasta de orgullo, como si fueran Apolos (Baroja, 1999a).

Carabias pensaba que el escritor se sentía a gusto en aquel comedor bullicioso, en medio de esa mezcla de razas, lenguas y colores de piel distintos, e incluso contó la anécdota de un día en que lo acompañó y vio cómo saludaba a «unas muchachas de aspecto exótico y tez oscura», de las que dijo que eran «unas chicas hindúes, amigas mías. ¡Muy simpáticas!» (Carabias, 1999). Pero ni siquiera a Pérez Ferrero se le escapaba que, en ese desdén que el escritor sentía por negros y judíos, había un componente de racismo que sería absurdo negar; entre otras cosas, porque el propio Baroja jamás lo ocultó, ni lo disimuló. Sea como fuere, ni su día a día en la Ciudad Universitaria se redujo a lo que sucedía en el comedor, ni su forma de vida durante el exilio se puede entender si la circunscribimos, únicamente, a lo que pasaba de puertas adentro en el Colegio de España. Por suerte para él, fuera de las cuatro paredes de su habitación había un mundo por descubrir y, pese a que su estado de ánimo no era, ni de lejos, el más apropiado, Baroja aprovechó esos años en París para ver muchas cosas y a mucha gente, de forma que sus recuerdos del exilio están llenos de personas y lugares que conformaron un verdadero mapa sentimental de la ciudad.

Aunque en septiembre de 1937 hace un intento de regresar a España, el asfixiante ambiente de un país en guerra le resultó tan irrespirable que, a mediados de febrero de 1938, decide poner rumbo a París, otra vez, para iniciar la segunda etapa de su exilio. Lo que se encuentra ahora es, sin embargo, una ciudad distinta, pues desde el verano de ese mismo año París vive en un ambiente si no prebélico, sí, al menos, tenso.

Los últimos meses que don Pío pasó en el Colegio, entre el otoño de 1938 y el verano de 1939, cuando el final de la Guerra Civil española motivó su cierre, fueron de todo, menos tranquilos. Y no

tanto por lo que sucedía allí, que era más bien poco, como por esa atmósfera de inquietud que se apoderó de las calles de París ya en los meses previos y, por supuesto, durante el desarrollo de los primeros compases de la Segunda Guerra Mundial. En sus descripciones de la ciudad relativas a esta época, Baroja suele poner el foco en el hecho de que París pasó de ser una urbe bulliciosa, a una semivacía en cuyas calles se veía muy poca gente. Las avenidas habían quedado desiertas y muchos comercios habían cerrado sus puertas, contribuyendo con ello a crear una sensación extraña, por un lado, de excepción; y, por otro, de fingida normalidad, lo cual no dejaba de sorprenderle.

También insistió mucho en que, a pesar de que el país estuviese en guerra, el elemento militar apenas se notaba en París porque, aunque de vez en cuando se veían pelotones de soldados con casco y uniforme, la gente hacía su vida habitual e incluso había dejado de llevar consigo la caja de metal cilíndrica, con la máscara antigás, que sí llevaba siempre encima durante las primeras semanas del conflicto. De hecho, él mismo había tenido ocasión de usarla un día, en esos primeros momentos de la guerra, cuando los inquilinos del Colegio escucharon una alerta y tuvieron que ir a buscar refugio ante un posible ataque, que luego resultó ser una falsa alarma:

En el bulevar Jourdan, cerca de la Ciudad Universitaria, tuvimos hace unos días alarma a las once de la mañana, y fuimos todos despacio, con la máscara contra los gases, hasta el abrigo próximo (Baroja, 1999b).

Así pasaron un par de meses en los que la prensa francesa llegó a hablar de la *drôle de guerre* o «guerra de broma», en referencia a la poca relevancia de las hostilidades que ya se habían roto en la frontera francoalemana, entre la línea Maginot y la línea Sigfrido. Como la situación parecía estable y casi nunca se oían las alertas antiaéreas, los parisinos creyeron que lo mejor era volver a la

normalidad: salir a las calles, pasear por los Campos Elíseos, tomar el café, cenar en los restaurantes y, en definitiva, hacer vida normal, diurna y nocturna. Sin embargo, el panorama empezó a cambiar al conocerse la invasión de Holanda y Bélgica por parte de Hitler, así como la capitulación del rey Leopoldo III, tras apenas unos días de resistencia armada frente al III Reich, lo que hizo que en París cundiera la alarma y, por primera vez, la gente percibiera que aquello iba en serio:

Se vio que la ciudad tomaba un aire de preocupación y de tristeza. Comenzaron a pasar por las calles automóviles llenos de baúles y de maletas, algunos con colchones encima cubiertos de ramas de árboles, sin duda, para que desde los aeroplanos enemigos no se les notara apenas. Las alertas se hicieron más frecuentes (Baroja, 2003).

Fue entonces cuando le empezó a rondar por la cabeza una idea recurrente, que no era nueva, pero que jamás se llegó a plantear seriamente: marcharse de París y empezar otra vida distinta. Mientras iba pensando en las posibles opciones, que no eran muchas para él, la guerra seguía avanzando y el Colegio de España se había quedado prácticamente desierto o bajo mínimos, entre los que habían vuelto a España y los que habían emigrado a América. En julio de 1939 los residentes podían contarse con los dedos de ambas manos: además de don Pío, quedaban allí el director, Ángel Establier; el filósofo Xavier Zubiri; el periodista Francisco Lucientes; un diplomático catalán, apellidado Terradas; el químico Miguel Amat; el pintor Fernando Vargas y alguno más. En resumen, que la desbandada había sido de tal calibre que los pocos que aún resistían «daban la impresión de supervivientes de un cataclismo» (Pérez Ferrero, 1972).

Al decretarse la movilización definitiva del ejército francés, la situación se hizo insostenible y Establier tomó la decisión de

marcharse a Argentina, donde le habían ofrecido un trabajo como conferenciante. No sin esfuerzos, consiguió convencer a Baroja para que le acompañara en su viaje. El escritor se compró las maletas y fue con Establier y su familia hasta El Havre, de cuyo puerto debía zarpar el barco en dirección a Buenos Aires. Allí se encontraron con que los hoteles estaban llenos y, todavía peor, con que no quedaba ningún pasaje disponible (Establier tenía los suyos, pero había confiado en que, una vez allí, podrían adquirir otro para Baroja). Tras quince días haciendo gestiones, el problema no se pudo solucionar y se tuvo que quedar en tierra, cosa que, a decir verdad, casi le pareció mejor que el horizonte de un segundo exilio, todavía más lejos de su familia: «En el fondo, yo no tenía la menor gana de embarcar, porque la verdad es que América, en aquellos momentos, no me seducía» (Baroja, 1999b). Lo que sucedió fue que, tras otro nuevo contratiempo, en este caso burocrático, que le impidió abandonar la ciudad, tomó un tren a París en compañía de un sobrino de Ortega y Gasset, que resultó ser el cónsul de España en El Havre y que fue quien intercedió para solucionar su problema con los papeles. De vuelta en París, pasó su primera noche en el Hotel Terminus, pero al día siguiente regresó de nuevo al Colegio de España, donde se unió al selecto grupo, de apenas cuatro personas, que, como los «últimos de Filipinas», se resistían a salir de su trinchera: los ya citados Lucientes, Terradas y Amat, quien hacía las veces de director improvisado. Este último periodo en el Colegio, que Baroja pasó «como acampado en una celda húmeda y fría, solo la mayor parte de los días en el salón de lectura, que en otro tiempo había estado animado por estudiantes de diversos países» (Gómez-Santos, 2000), fue, muy probablemente, uno de los más tristes del, ya de por sí triste, exilio barojiano. En todo caso, esa etapa final de supervivencia, a la que Pérez Ferrero llamó, con acierto, «robinsoniana», no duró mucho, pues a principios de 1940 fueron desalojados de allí y cada cual tuvo que

buscarse la vida. Baroja lo hizo acudiendo a la redacción de *La Nación*, donde sus amigos y compañeros se encargaron de buscarle un alojamiento cerca de sus oficinas: la Pension des Champs Elysees, en la calle de Clement Marot, cerca de la plaza de l'Étoile, donde pasó sus últimos meses en París y donde también fueron a parar otros españoles conocidos suyos, llevados hasta allí por la vorágine de acontecimientos precipitados por el inicio de la guerra.

F. F.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AZORÍN. *París*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1966 [1945].
- BAROJA, Pío. *Ayer y hoy, Obras completas*. MAINER, José-Carlos (dir.). Barcelona: Galaxia Gutenberg, vol. XVI, 1999a.
- BAROJA, Pío. *Aquí París, Obras completas*, vol. XV, 1999b.
- BAROJA, Pío. *Los inéditos de «Hoy»*, Edición de Miguel Ángel García de Juan. Madrid: Caro Raggio, 2003.
- BAROJA, Pío. *Rojos y blancos*. Madrid: Caro Raggio, 2011.
- CARABIAS, Josefina. *Como yo los he visto*. Prólogo de Victoria Prego. Madrid: El País – Aguilar, 1999.
- CARO BAROJA, Julio. *Semblanza de Pío Baroja*. Introducción de Pío Caro Baroja. Edición de Jesús Alfonso Blázquez González. Madrid: Ediciones 98, 2011.
- GÓMEZ-SANTOS, Marino. *Baroja y su máscara (Diálogos y confidencias)*. Barcelona: Editorial AHR, 1956.
- GÓMEZ-SANTOS, Marino. *Españoles sin fronteras*. Madrid: Espasa Calpe, 2000 [1983].
- PÉREZ FERRERO, Miguel. «Prólogo», en BAROJA, Pío. *La decadencia de la cortesía y otros ensayos*. Prólogo de Miguel Pérez Ferrero. Epílogo de Raimundo Bartrés. Barcelona: Ediciones RAID, 1956.
- PÉREZ FERRERO, Miguel. *Vida de Pío Baroja*. Madrid: EMESA, 1972.